

ROSA BIADIU
EL REFUGIO DEL SOL

Los himnos homéricos dicen del sol que “conduciendo su carro de caballos, brilla por igual sobre todas las cosas, tanto sobre los mortales como sobre los inmortales”, siempre “infatigable”. Sin embargo, como averiguó Rembrandt, hay momentos —tras la tormenta, a la caída de cierta tarde— en que el sol pierde su fulgor excesivo, se vuelve débil, casi humano, y se demora cansado en un árbol roto, en unos paquetes abandonados, en el visillo de una habitación. En esas raras ocasiones, la luz se entrega a los objetos y los recubre de una piel que ya les pertenece. No dura mucho, pero esa lumbre revela la secreta naturaleza de las cosas, y las enaltece: como cuando Atenea vertió su gracia sobre la cabeza los hombros de Ulises antes de presentarse ante Nausicaa, “así como derrama oro sobre plata un diestro orfebre”.

Rosa Biadiu lleva dedicada su extensa vida artística a dar refugio a ese sol fatigado y mortal, que hace inolvidables los escenarios donde, por breve tiempo, reposa su marcha. Alimentada desde la infancia con la fotografía y el cine —es hija del cineasta vanguardista Ramón Biadiu—, Rosa Biadiu no se contentó con la “escritura de la luz” de las máquinas y las cubetas de revelado y, desde muy pronto, tras formarse en la Escuela de Bellas Artes y Oficios de Barcelona y en la Polytechnic Art School de Londres, comienza sus investigaciones en Madrid sobre cómo combinar el fotograbado y los procedimientos calcográficos, las cuales le facultaron para obtener en 1974 el Premio de Grabado de la X Bienal de Alejandría y numerosos reconocimientos posteriores, entre los que destaca la Mención de Honor de la Calcografía Nacional y los Premios Nacionales del Museo de Grabado Contemporáneo de Marbella.

Hay un rigor en el grabado, una frontera insalvable entre la sombra y el vacío, que a Rosa Biadiu le ha permitido, paradójicamente, sujetar y templar la claridad en sus cuadros, de un modo que un pintor no educado en la mordedura del ácido y la obstinación de la plancha seguramente nunca hubiera conseguido. Sea óleo, fotograbado, acrílico o aguafuerte, las técnicas en las obras de Rosa Biadiu se intercambian y conciertan al servicio de la presencia luminosa que, en un cierto momento, conmovió a su espectadora, y que, una vez fijada con sus buriles y pinceles, rescata y nos regala. Una escalera transformada en catarata de sombras, el oleaje de una cortina en medio del verano, unas sillas despobladas: todos esos espacios y enseres cotidianos están imbuidos de lucidez, de una vida propia que le hizo decir a Salvador Espriu que Rosa Biadiu añade “imaginación profunda y misterio” a sus creaciones, evocando la soledad en la contemplación de las flores que reclamaba un haiku de Kyorai. Porque en las representaciones de Rosa Biadiu se da una rara cualidad que los japoneses aprecian particularmente: el “mono no aware”, la melancolía de las cosas, una presencia más intensa y efímera que nos interpela y nos hace cobrar conciencia, súbitamente, de nuestra condición igualmente extraordinaria y pasajera.

El arte contemporáneo se encuentra actualmente sometido a una tensión irresoluble entre figuración y abstracción, entre la fuga del concepto y el anclaje de la materia cruda, entre la nada y la memoria. Estas obras de Rosa Biadiu, de un

modo silencioso, muestran que sí es posible reconciliar el esplendor y las sombras, lo visible y lo invisible, “el volumen con su rocío”, como decía Jorge Guillén. Y del mismo modo que el sol se ha acogido a las manos de esta artista singular, también a mí me cuesta separar los ojos de estos solares del alma.

Alfredo Mateos Paramio